

**VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA**

Simposio 9. La perspectiva historiográfica y filosófica de la crítica en las políticas públicas, entre los siglos XIX y XX, en América Latina

Título del trabajo: Una Historia a medida de un proyecto político. Las representaciones en torno al pasado en El Investigador

María Gabriela Pauli¹

Resumen:

“El Investigador” fue una publicación del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, creada y dirigida por el profesor de Historia de la Institución, Benigno Teijeiro Martínez. Se editó por dos períodos: entre 1887 y 1889 y entre 1896 y 1897.

Nos proponemos indagar acerca de las representaciones en torno a la Historia analizando dos escalas, por un lado la construcción del relato nacional y por otra parte la construcción del relato provincial entrerriano. También indagaremos acerca del valor político ideológico de estas construcciones del pasado, en un contexto de consolidación del Estado Nación y de redefinición de las relaciones interprovinciales.

Palabras clave: Representaciones sociales; Historiografía; Estado nacional; Revista cultural; Colegio Nacional de Concepción del Uruguay.

“El Investigador” y Benito Teijeiro Martínez

Benigno Martínez había nacido en España, en Santa Marta de Ortigueira el 20 de septiembre de 1846. Además de sus estudios primarios, amplió su instrucción “(...) con lecciones de latín (...) para después continuar profundizando en las matemáticas, durante algunos años más” (Suarez Sandomingo, 2014, p. 1). Siguió sus estudios en La Coruña y Lugo hasta obtener el título de agrimensor. De ideas republicanas y liberales, decidió buscar otros horizontes, escapando a la persecución político-ideológica. Hizo un viaje a Cuba, regresó a Ortigueira tras la muerte de su padre en 1871, para emigrar definitivamente dos años después. Transitó por Paraguay y Uruguay y en 1875 lo hallamos en Concepción del Uruguay, donde “(...) lo primero que le

¹ UCSF, Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe (JPEH). Contacto: <gabrielapaulidegarcia@gmail.com>

llamará la atención será el alto nivel cultural de la ciudad” (Suárez Sandomingo, 2014, p. 8).

Tanto Suárez Sandomingo (2011, 2014) como Velázquez (2019) afirman que en la ciudad del sur de Entre Ríos, Martínez encontró emigrados, conocidos o no, que compartían sus ideas democráticas y liberales. En particular conviene mencionar su amistad con Antonio Martínez Piñón, el editor de “El Investigador”.

Su pertenencia a la logia Jorge Washington le facilitó ámbitos de sociabilidad entre intelectuales, y una vez que hubo completado el curso de preceptor en el histórico Colegio del Uruguay, que Urquiza fundara en 1848, comenzó su tarea docente, como profesor de Geografía e Historia, aun cuando en algún período llegó a impartir clases de Aritmética razonada.

Por otro lado fue creando vínculos con personalidades de la escena política y cultural nacional, especialmente a partir de su relación con algunos entrerrianos que se proyectaron en ella, como fue el caso de José Zubiatur y los hermanos Martiniano y Onésimo Leguizamón. Así, entre sus contactos encontramos a Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre y Jorge Navarro Viola. Estas relaciones fueron particularmente valiosas para Benigno Martínez, quien en toda ocasión manifestó su admiración y honró a estas personalidades. “Estos contactos con letrados prestigiosos del Río de la Plata, (...) significaban un importante capital simbólico para un escritor novel como Teijeiro Martínez (...)” (Velázquez, 2019, p. 280).

Su paso por la docencia como profesor de Historia, trajo aparejado otro interés para el intelectual: la escritura de textos de Historia Argentina y de Entre Ríos que pudieran servir a los profesores de los Colegios para impartir sus clases. A ello dedicó muchos esfuerzos y generó una producción copiosa. Tenía además, el proyecto de escribir una historia de Entre Ríos que fue concretando con el paso de los años.

Su interés por la historia se plasmó también en las páginas de “El Investigador”, la revista de Ciencias, Artes y Letras que publicara en el Colegio de Concepción del Uruguay entre los años 1887- 1889 y 1896-1897. Se trata de una publicación quincenal, en la que el editor – Martínez – va exponiendo en los editoriales y artículos sus ideas acerca de la educación, la sociedad y su interpretación de la historia. Los números contienen además colaboraciones de

allegados al editor, como es el caso de Zubiaur, traducciones hechas con el fin de poner a disposición de los lectores artículos que se consideran de interés en temas vinculados a la medicina, los avances de la ciencia y la sociedad; y la sección dedicada al arte que incluye poemas, sonetos, mitos y otros formatos literarios.

Se costeaba con un grupo de suscriptores que aportaban mensualmente, lo que le dio más continuidad de la que tuvieron otras publicaciones similares en la región. Este último dato, habla también de una comunidad de intelectuales y dirigentes interesados en la expresión de las ideas liberales y republicanas que poblaron las páginas de “El Investigador”.

“El investigador” corresponde a los escritos que Patricia Pasquali agrupa en la figura del “periodismo cultural” (2001) y que tienen su expresión en la revista como formato, más ágil que el de los libros, y con mayor profundidad en el tratamiento de los temas. “Si la prensa cotidiana informa y afirma, la revista reflexiona, cuestiona y debate” (Pasquali, 2001, p. 509).

En los apartados siguientes hemos de ocuparnos de la construcción del relato historiográfico que aparece en los ejemplares del año 1887, colección a la que hemos podido acceder merced a la gentileza de la Prof. María Carolina Actis.

El relato de la historia argentina de Martínez

Martínez, como pensador del siglo XIX que era, adhirió a una concepción lineal y ascendente del tiempo y de la Historia. En el segundo número de “El Investigador”, en el editorial dedicado a la conmemoración del pronunciamiento de Urquiza, explica: “Los pueblos cumplen su ley ineludible en el tiempo y en el espacio; al período de formación precede el de la lucha y á este el de la constitución definitiva; son evoluciones históricas comunes a todos los pueblos” (Martínez, 1887, p. 17).

Resaltamos la afirmación del proceso histórico como *ley ineludible en el tiempo y en el espacio*; así como la noción de *evoluciones históricas*. La Historia es evolución, expresión que alude a la idea de progreso: las sociedades avanzan, cambian siempre en instancias superadoras de las anteriores. Ahora bien, al ser además una *ley ineludible*, se trata de un progreso inevitable, y que no depende de las acciones o decisiones de las personas y grupos sociales. Se inscribe de algún modo la concepción del historiador entrerriano en las

coordinadas del cientificismo decimonónico. Así como las leyes de la naturaleza rigen independientemente de la voluntad de los sujetos, también las leyes que afectan a los procesos históricos y sociales, los determinan más allá de las intenciones de los sujetos.

En ese orden, describe Martínez, algunas etapas que han de transitar los pueblos: período de lucha, de formación y de constitución definitiva. En el caso de la Argentina, protagonista por excelencia de estas transiciones ha sido - en la concepción del historiador - el entrerriano Urquiza.

Benigno Martínez era un liberal republicano, como ya hemos dicho, pero era también español y hombre del siglo XIX. Todos estos rasgos identitarios se visualizan en su concepción de la historia argentina, expresada en las páginas de "El Investigador".

El eje en torno al cual gira su hermenéutica de la historia patria es la derrota del tirano Rosas y el triunfo de la república liberal de la mano de Urquiza. El general entrerriano es el jefe que *redime* a la Nación de las garras del tirano, a cuya maldad y ferocidad se oponía también la civilización encarnada por Inglaterra y Francia. Las dos naciones más poderosas del mundo no pudieron contra Rosas, pero Urquiza sí habría de derrotarlo, devolviendo al país al camino de la civilización, la constitución y las instituciones liberales.

Martínez (1887) describe la situación en estos términos:

En aquellos tiempos en que caían heridos por el puñal asesino hombres de la importancia del Dr. Varela; en que los anglo-franceses protegían á los unitarios, como en el asedio de la Colonia, contra los seides del tirano del Plata. (...)

Por entonces gobernaba á Santa-Fé el General Echagüe, cuyo poder y prestigio quebró en Entre-Ríos el General Urquiza, razon por la cual ya se decía en aquella Provincia que el Gefe de los entre-rianos traicionaba la causa federal.

La verdad es que el General Urquiza desde su Cuartel general en Calá gobernaba la Provincia y esperaba la oportunidad de redimir la República de la tutela de Rosas (p. 5).

Dos aspectos de este fragmento merecen nuestra atención. Por un lado, la oposición entre el *puñal asesino* de los aliados de Rosas y de *hombres de la importancia del Dr. Varela*, protegidos por la escuadra extranjera. De un lado está el mal y del otro el bien, de un lado la barbarie y del otro la civilización. Así, Martínez se inscribe en la línea de la historiografía mitrista, los héroes y los villanos van poblando el escenario de la historia argentina, una historia en blanco y negro, sin grises ni matices. El otro aspecto que nos interesa marcar -

vinculado a esa misma construcción histórica - es el cuidado en desmentir la idea de Urquiza como traidor a la Federación. El jefe entrerriano no traiciona sino que redime. Y este verbo utilizado para definir la obra de Urquiza tiene una connotación religiosa, salvífica: si Rosas es la encarnación del mal, Urquiza es el redentor de la Patria.

Dirá en el editorial del número 2 de "El Investigador" que: "La ciudad del Uruguay lanzó el primer grito de guerra contra el tirano en la noche del 1° de Mayo de 1851 enarbolando su gran caudillo Urquiza la bandera cuyo lema fué *Federación y Organización Nacional*. Transcurrieron ya treinta y seis años de aquel momento histórico, de aquella hora de inspiración patriótica" (Martínez, 1887, p. 17).

Y agrega: "El tirano fue vencido en los campos de Caseros y la Organización nacional no se hizo esperar" (Martínez, 1887, p. 18). Para rematar el editorial con una ampulosa expresión que evidencia su concepción de la historia como memoria: "Honor, pues, al gran caudillo iniciador de aquel movimiento redentor, General don Justo José de Urquiza que las generaciones deben recordar con respeto y veneración en el gran aniversario" (Martínez, 1887, p. 18).

El editorial, que conmemora el aniversario del pronunciamiento, equipara el enfrentamiento faccioso de Urquiza y Rosas a las guerras de independencia. En este caso la independencia no será de España, sino de la barbarie y el atraso. Nuevamente, en el cierre del artículo, encontramos otro concepto con connotación religiosa: la *veneración* que los argentinos deben a Urquiza como a una especie de santo laico.

Podemos ver, en ese cariz, la influencia de la Logia a la que perteneció Martínez, y que en sus prácticas y fórmulas, tendía a constituir una religión laica, cuyo credo serían los principios liberales. En este esquema, los héroes de la patria son los santos a quienes se debe veneración.

Párrafo aparte merece la consideración que hace el historiador de la conquista y colonización española en América. El editorial del segundo semestre de diciembre de 1887, lleva por título: "Misión civilizadora de los españoles en la Conquista de América", y se aclara que se trata de un estudio crítico emprendido por el mismo Benigno Martínez.

Analiza las explicaciones propuestas por diversos historiadores, con preferencia no españoles para garantizar la objetividad de su estudio. Como

consecuencia de ese rastreo historiográfico, sostiene que la acción española en América fue altamente positiva, tanto por efecto como por defecto: “No solo España derramó en el Nuevo Mundo la luz del Evangelio, sino que muchas veces, como en el precedente caso, descuidando sus propios intereses, elevaba monumentos y ciudades que aún hoy día constituyen la admiración de nacionales y extranjeros” (Martínez, 1887, p. 259).

Al librepensador que reniega de la Iglesia Católica y su acción, lo reemplaza en estas afirmaciones el español y hombre del siglo XIX, que encuentran en la religión un elemento civilizador de Europa, y a la vez, una herramienta para imponer el orden social, al menos, hasta que la civilización pueda imponerse por otros medios.

Ahora bien, no niega Benigno Martínez los excesos de la conquista, sino que con un curioso giro discursivo, lo atribuye a los mismos que han sembrado *la luz del Evangelio*. Explica que:

(...) en vez de convertir á nuestros progenitores al cristianismo por la persuasión y el ejemplo de civilizarlos, cuidaron de fanatizarlos, embrutecerlos y esclavizarlos [estas prácticas] debe achacarse á la conducta observada, con honrosas excepciones [sic], por un clero fanático, intolerante y vicioso, y por los aventureros que contando con impunidad por razón de la distancia á que de la metrópoli estaban situados (...) (1887, p. 260).

Si bien con la conquista llegó la civilización europea, y aun cuando el cristianismo fue un elemento civilizador para los indios en estado de barbarie según el razonamiento de nuestro autor, los males de la conquista son atribuibles también a la acción evangelizadora, en tanto son los clérigos *fanáticos, intolerantes y viciosos* los que propiciaban toda clase de atrocidades contra los naturales del país. Curioso argumento en el que los mismos agentes civilizadores son los causantes del sometimiento, los malos tratos y las muertes injustas.

El rigor de la conquista y el exterminio de indígenas era explicado por la necesidad de unos pocos soldados de imponerse a pueblos muy numerosos. Y Martínez remataba su argumento apelando a un razonamiento que describe magistralmente Enrique Dussel como el “mito de la modernidad” (2020, pp. 41-

53). Según este mito, la civilización exige el sacrificio de la conquista, de la imposición cultural de esas formas más evolucionadas².

Martínez, se expresaba apelando a una generalización que le permitió justificar la violencia de la conquista como una condición necesaria. Entonces, al abordar la conquista de América, sostiene que: “No hay conquista sin crueldades, lo atestiguan Roma y Cartago (...). La conquista, preconizada por todas las naciones del mundo fue un mal necesario en un tiempo, como la guerra lo es en nuestros días, a pesar [sic] de las opiniones de los *hombres de buena voluntad*” (Martínez, 1887, p. 261).

La conquista y los abusos hacia los indios fueron *un mal necesario*, es decir, el precio que la civilización exige a todos aquellos que se oponen a su avance inexorable. Porque no depende de la voluntad de los hombres, sino de la misma dinámica del progreso lineal y evolutivo. El sesgo positivista de estas afirmaciones se complementan, de un modo bastante particular con la afirmación – a diferencia de otros contemporáneos – de la acción civilizadora de la España del siglo de oro.

La historia provincial entrerriana de la mano de su primer historiador.

Si la contribución de Martínez a la historia argentina es destacada, también lo es su dedicación a la historia entrerriana, de la que es considerado el primer historiador.

En su trabajo historiográfico, Velázquez ubica a Benigno Martínez junto a otros historiadores del Litoral, en “(...) un proceso revisionista que anticipa (dentro de los límites de la tradición liberal) algunos argumentos de la empresa de contrahistoria que se articulará en el período de entreguerras” (2019, p. 290). Entendemos que el revisionismo al que alude el historiador entrerriano no es tal, sino un intento de replicar a escala provincial y regional, el modelo de la historia nacional que en esas décadas venía construyendo Mitre con sus historias de Belgrano y de San Martín. Los próceres locales eran los caudillos

² Dirá Dussel (2003) que “para el moderno, el bárbaro tiene una ‘culpa’ (el oponerse al proceso civilizador) que permite a la ‘Modernidad’ presentarse no sólo como inocente sino como “emancipadora” de esa ‘culpa’ de sus propias víctimas” (p. 49).

en la medida en que pudieran ser presentados como defensores de las libertades y no como signo de barbarie.

En este sentido, la figura de Francisco Ramírez resulta en la escala provincial, lo que Urquiza en el ámbito nacional. Si éste es el adalid de la organización nacional y el triunfo de las ideas liberales, aquél encarna al héroe de la autonomía entrerriana. Lo define en estos términos: “Ramírez fue un caudillo valiente y una gran corazón, fué abnegado y se sacrificó en aras de una idea que creyó justa - *la federación*” (Martínez, 1887, p. 150).

Explica que fue este caudillo quien con su medio hermano – Ricardo López Jordán – proclamó la autonomía de Entre Ríos, y que en una guerra contra “(...) su aliado López de Santa-Fé, que había traicionado la autonomía de las Provincias litorales, y en esta campaña muere como un héroe, por defender a su bella Delfina, en las cercanías de Río Seco, el 10 de Julio del mismo año” (Martínez, 1887, p. 150).

Pancho Ramírez pasa a ser entonces el héroe romántico, de nobles sentimientos, impulsivo y *de gran corazón*. El que si bien sirvió a una causa equivocada, que *creyó justa*, fue artífice de la autonomía entrerriana.

De nuevo, como con la figura de Urquiza, Martínez juega a los opuestos: si el tirano Rosas es el opositor del liberal Urquiza, el traidor López lo será del *abnegado* Ramírez; así la historia es la continua lucha de buenos contra malos. La nota de su muerte por rescatar a su mujer – la Delfina – le agrega al caudillo un halo de héroe romántico que inspira simpatía, más allá de su error en concebir al caudillismo como una causa justa.

Velázquez afirma que Benigno Martínez “(...) se posicionaría como ‘historiador provincial’, ampliando el panteón de héroes ‘nacionales’ con la incorporación de las figuras locales” (2019, p. 290). Y explica que “(...) ponía especial empeño en su obra en la recuperación en términos vindicativos de la figura de Francisco Ramírez, entablando al respecto una polémica que incluía al propio Mitre” (2019, p.285).

No obstante ello, el español estaba convencido de que los caudillos representaban la barbarie, y sugería perdonar a esos hombres que actuaron en las primeras décadas del siglo XIX, convencidos de sus ideas pero equivocados.

Hay historiadores que dicen que esos caudillos del año XX fueron bárbaros, crueles, asesinos, etc, etc, ¡Qué el juicio póstumo del futuro historiador argentino que juzgue las cosas bajo el criterio filosófico de las evoluciones del progreso humano en el tiempo y en el espacio, les perdone, como yo les perdono ahora con la mano sobre la Constitución nacional que nos rige (...) (Martínez, 1887, p. 150).

Como puede leerse, no se trata de un ejercicio reivindicatorio, sino absolutorio. La hora de la constitución ha llegado y el orden del que la Argentina goza, hace posible *con la mano sobre la Constitución nacional* perdonar a aquellos que lucharon fervientemente con buenas intenciones pero errados. Claro que esta valoración de los caudillos del siglo XX, no alcanza a los de décadas posteriores como el tirano Rosas³.

El carácter de héroe romántico que muere no sólo por una causa, sino defendiendo a su mujer, se reafirma en el número 3 de "El Investigador", en el que Benigno Martínez proporciona documentos que dan cuenta de la vida de la Delfina con posterioridad a la muerte de su hombre. Incluso, la anotación, en el libro parroquial de Concepción del Uruguay del fallecimiento de la mujer en 1839.

Discrepamos también con Velázquez cuando sitúa a Martínez en un vanguardia de historiadores litoraleños, al sostener que pretendía "(...) producir un equilibrio que repartía más parejamente errores y aciertos entre los gobiernos centrales y los provincianos, con vistas a una síntesis superadora de las lógicas partidarias" (2019, p. 286). No hay tal intento, a nuestro juicio, sino más bien una pretensión, que es la de posicionar a Entre Ríos - y especialmente a Concepción del Uruguay - como bastiones importantes de esa historia nacional que se escribe.

La recurrencia del director de "El Investigador" en vincular a los grandes hombres de la provincia mesopotámica a Concepción del Uruguay, es notoria. Francisco Ramírez era oriundo de esa ciudad, que también fue cuna de contemporáneos a Martínez que desplegaron su talento en la escena nacional, como los hermanos Onésimo y Martiniano Leguizamón o Enrique Zubiaur.

³ Es interesante cotejar esta distinción de Martínez con la que hace Halperin Donghi, algo más de un siglo después, en el Estudio Preliminar a la Historia de Caudillos argentinos (2002, pp.19-56), entre los señores de la guerra, esos caudillos de la década de 1820 y los caudillos mansos que ejercieron el poder entre 1830 y 1852. Ubica a Ramírez entre los primeros y a Rosas entre los segundos. Si bien no es objeto de este trabajo analizar la historiografía posterior a Benigno Martínez y el tratamiento de la figura de los caudillos, es muy llamativo que la renovación historiográfica de las últimas décadas del siglo XX no haya modificado en esencia ese planteo centenario.

Concepción del Uruguay ha dado grandes hombres a la Patria, fue la ciudad – capital por entonces de Entre Ríos – que Urquiza eligió como sitio para protagonizar hechos que marcarían la historia argentina: “La ciudad del Uruguay lanzó el primer grito de guerra contra el tirano en la noche del 1° de Mayo de 1851” (Martínez, 1887, p. 17).

Fue en Concepción donde el General fundó en 1848 el Colegio del Uruguay, primera institución de su clase, destinada a formar a los dirigentes que la república habría de necesitar una vez derrocado el *tirano*.

Qué hizo en tanto el Uruguay? Educó en su histórico Colegio la generación que hoy dirige los destinos de la República; echó los cimientos de su Teatro, de su Iglesia, de su Escuela Normal, levantó un monumento en cuyos mármoles se han esculpido las gloriosas fechas del 1° de Mayo del 51, del 3 de Febrero del 52, del 1° de Mayo de 1853 (Martínez, 1887, p. 18).

Así como Entre Ríos aportó a la formación del Estado Nacional, y fue protagonista durante todo el siglo XIX, primero de un movimiento autonomista, y luego de la lucha por la libertad, Benigno Martínez sostuvo que Concepción, tuvo una destacada participación en todos esos procesos. Y no perdió ocasión de destacarlo. Especialmente, vinculaba a la ciudad con el progreso y con el triunfo del proyecto liberal que inauguró Urquiza con la Constitución y continuarían sus contemporáneos con el desarrollo de la instrucción pública, las artes y las ciencias.

Es interesante que el historiador no dejó de incluir entre estos símbolos del progreso al edificio de la Iglesia. Tal vez su origen español, le permitía mirar con cierta indulgencia a esta institución tan fuerte en su tierra de origen y pensarla como un elemento de orden social e incluso civilizadora – como expresaba en su interpretación de la conquista y la colonización – en tanto imponía una serie de prácticas morales.

Es posible que el entorno local le inclinara a esta mirada⁴ ya que las dinámicas provincianas jugaron un papel decisivo para estos intelectuales que no rompieron del todo con esa tradición pero la resignificaron. Así, no había para ellos contradicción entre liberalismo y catolicismo, mientras la Iglesia no interfiriera en la escena política.

⁴ En anteriores trabajos hemos podido documentar como, contemporáneos de Martínez en la orilla opuesta del Paraná, como Domingo Silva, coincidían en la condición de liberales, pero reconocían a la Iglesia Católica un rol importante en el ordenamiento social (Pauli, 2016).

A modo de conclusión...

Esbozaremos tan sólo algunas ideas a modo de cierre provisorio de lo expuesto. Por un lado, Martínez se constituyó como intelectual en el Plata, a partir de su vinculación con la comunidad española que existía en Concepción del Uruguay y su inserción en la Logia Jorge Washington, que le permitieron codearse con pares. Fue formándose a la vez como profesor de historia y geografía y como historiador, al punto de conseguir el lugar de primer historiador entrerriano, en la historiografía de la vecina provincia. La construcción de la historia de Benigno Martínez siguió los pasos de Mitre, por quien profesó una gran admiración, como se desprende en la biografía que le dedicara en vida del vencedor de Pavón y que ocupa más de diez páginas de el número 6 de “El Investigador”, publicado en junio de 1887.

Así como Mitre, enlazaba acontecimientos fundantes de la historia independiente con la vida de los próceres, y produjo su *Historia de Belgrano y la independencia Argentina*, y posteriormente la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*; Benigno Martínez, en las páginas del periódico publicado en el Colegio del Uruguay, replica el modelo y vincula a Francisco Ramírez con la autonomía entrerriana y a Urquiza con la Constitución y la Organización Nacional.

El profesor de Historia del Uruguay, que años más tarde se trasladaría a Paraná para dirigir el Archivo histórico provincial, contribuyó a la construcción del relato de la historiografía liberal, aportando especialmente trabajos y documentos referidos a la participación de figuras y del pueblo entrerriano a la conformación de la Nación Argentina. Sin romper con la historiografía que identificaba la historia nacional con los sucesos producidos en Buenos Aires, Martínez se propuso ampliar ese campo temático, refiriendo la contribución entrerriana. Para ello, siguiendo el ejemplo de su maestro - Bartolomé Mitre - se munió de cuanta documentación tuvo a su alcance, preservando en ocasiones papeles públicos que de otro modo, podrían haber desaparecido y que a su muerte pasaron a engrosar el corpus documental del archivo histórico de Entre Ríos.

Es muy claro el sesgo liberal positivista de su concepción histórica, propia del período, sin dudas, pero que supo matizar con un enfoque que revalorizaba la

acción de España en América- y en particular la evangelización – como el inicio de la civilización en el continente. Una interpretación disruptiva con las lógicas europeístas de algunos de sus contemporáneos.

Referencias bibliográficas

Dussel, Enrique (2003). Europa, modernidad y eurocentrismo. En: Lander, Edgardo. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 41-53). Buenos Aires: CLACSO.

Halperin Donghi, Tulio (2002). Estudio preliminar. En: Lafforgue, Jorge. *Historia de Caudillos argentinos* (pp. 19-56). Buenos Aires: Suma de letras argentinas.

Pasquali, Patricia (2001). El periodismo (1852 - 1914). En: ANH. *Nueva Historia de la Nación Argentina* (Tomo 6) (pp. 489-513). Buenos Aires: Planeta.

Pauli, María Gabriela (2016). *La cabeza piensa y ordena y los brazos ejecutan... Representaciones sociales de la elite santafesina a comienzos del siglo XX*. Santa Fe: UCSF.

Suárez Sandomingo, José Manuel (2011). *Benigno Teijeiro Martínez. El mayor polígrafo gallego en Argentina*. Ortigueira, Concello de Ortigueira.

Suárez Sandomingo, José Manuel (2014). *Benigno Teijeiro Martínez: un pedagogo implicado con la innovación de la educación en Argentina*. Concepción del Uruguay, Asociación Educacionista "La Fraternidad", Departamento de Comunicación Institucional de la Universidad de Concepción del Uruguay. 6 de octubre de 2014. Recuperado de: https://issuu.com/dci-ucu/docs/benigno_libro

Velázquez, Darío (2019). Las estrategias de consagración de Benigno Teijeiro Martínez como el "historiador de Entre Ríos" a fines del siglo XIX. Intersecciones y disputas en torno a las escrituras de la historia y la memoria. En: *Actas de las 2das. Jornadas Nacionales de Historiografía*, UNRC, 2018/ Eduardo Escudero et. al., compilado por Eduardo Escudero y Marina Inés Spinetta (1a ed.) (pp. 278-290). Río Cuarto: UniRío Editora.